

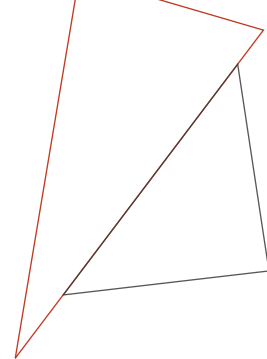


CAPÍTULO NUEVE

**LAS GUERRAS
DE GÉNERO:
LA EXTREMA
DERECHA CONTRA
EL FEMINISMO**

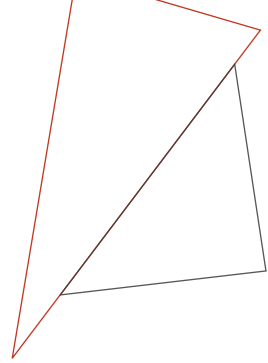
Núria Alabao

9



Desde hace un tiempo, el tratamiento de las cuestiones de género por parte de la extrema derecha ha empezado a ocupar un lugar relevante en los análisis. Aunque en ocasiones se han entendido como temas accesorios o se han interpretado en términos de «cortina de humo», como si fuesen únicamente asuntos funcionales que sirven para ocultar su verdadera agenda, una mera distracción. Sin embargo, cada vez más se reconoce que las guerras de género, los ataques al feminismo o directamente a los derechos de las mujeres o personas LGTBI son parte del armazón de su proyecto político nacional, además de una estrategia política para conseguir adeptos, atención y espacio mediático.

Thomas Frank, en su libro *¿Qué pasa con Kansas?* (Acuarela, 2008), interpreta la emergencia de las guerras culturales en el marco del fin del trabajo clásico —fordista, industrial, seguro, capaz de dotar de identidad y estabilidad a los trabajadores—. Este proceso estuvo acompañado de la derrota de los sindicatos y de la lucha de clases como eje central de la política. Los partidos socialdemócratas, el ala izquierda del sistema parlamentario, renunciaron también a estas batallas; por tanto, ya no tenían un bloque de clase al que responder, la batalla política se empezaría a jugar no entre izquierda y derecha en un sentido clásico —socialismo frente a capitalismo—, sino sobre la confrontación de los valores modernos y tradicionalistas. Hay que matizar, no obstante, que no se utiliza este concepto para negar las consecuencias materiales de las luchas feministas/LGTBI y del avance de derechos, que son la violencia, los ataques físicos y simbólicos que sufren las personas en buena parte del mundo por su identidad u orientación sexual o las consecuencias de la subordinación de las mujeres que las ideologías de extrema derecha alimentan. Las guerras de género son la versión generizada de estas luchas culturales y constituyen un eje central de estos proyectos políticos.



Hoy asistimos, sin duda, a una nueva oleada conservadora de la mano de las formaciones políticas de extrema derecha. Sin embargo, muchas de las coordenadas sobre las que articulan sus guerras de género —una versión de las llamadas guerras culturales— son exacerbaciones del conservadurismo precedente, visiones desacomplejadas o extremas de elementos que ya fueron utilizados en el pasado. Por ejemplo, algunos de los marcos presentes hoy en el tratamiento de estas cuestiones provienen de la nueva derecha estadounidense a partir de la segunda mitad de los años 70 y su reacción contras las revueltas y la contracultura de los 60.

También surgiría allí el neoconservadurismo o movimiento neocón que hace referencia a un grupo de la izquierda radical, muchos provenientes del trotskismo, que se pasaron a un conservadurismo exacerbado. El movimiento tuvo sus raíces intelectuales en la revista *Commentary*, editada por Norman Podhoretz. Hoy, Santiago Abascal, líder de Vox, dice cosas como «**El multiculturalismo, el feminismo, son máscaras del marxismo cultural que intentan imponer**».

Las guerras de género son la versión generalizada de las luchas culturales y constituyen un eje central de estos proyectos políticos

Precisamente, los años de la contracultura nacida al calor de las revueltas del 68 serán momentos de intensas luchas feministas y LGBTI, en los que nacerán movimientos de masas, sobre todo en Europa occidental y EE. UU., que acabarán trastocando definitivamente las relaciones entre los géneros y cambiando la hegemonía cultural. Es en estos lugares donde las extremas derechas actuales han tenido que adaptarse esta nueva hegemonía, renovando sus discursos para ampliar sus perspectivas electorales.

Si hoy en Francia, Alemania o Escandinavia un partido quiere evitar caer en la marginalidad electoral, tiene que reformar su ideario o su retórica incorporando ideas liberales, por lo menos en lo que atañe a la defensa

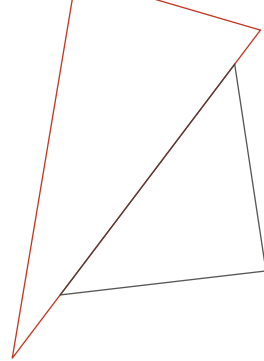


El autobús de HazteOir con la imagen del dictador de la Alemania nazi, Adolf Hitler, maquillado y con el símbolo feminista en la gorra, en una clara alusión al término «feminazi». Madrid, febrero de 2019. © ÁLVARO MINGUITO.

de la igualdad de la mujer y, aunque sea una cuestión meramente formal, al menos, no puede atacarla de manera directa. Por ello hablamos de que estos posfascismos han tenido que atravesar un proceso de renovación de su retórica y su ideario, teniendo en cuenta la enorme diversidad de sus apuestas, ya que se adaptan a los contextos locales y sus especificidades, como veremos en el caso de Vox (Alabao, 2018).

Al conectar con el pasado, muchos de estos actores posfascistas comparten enemigo: el feminismo, las luchas LGTBI, es decir, todos los que parecen oponerse a la familia nuclear heteronormativa como modelo de organización social, atacan los derechos reproductivos o cuestionan la educación sexual y buscan reinstalar las diferencias binarias de género fundadas en lo biológico (Dietze y Roth, 2020:7).

Como novedad discursiva respecto a los movimientos conservadores precedentes, el concepto de «ideología de género» —utilizado a partir de 2000— sirve para unir actores y luchas diversas y se ha mostrado como

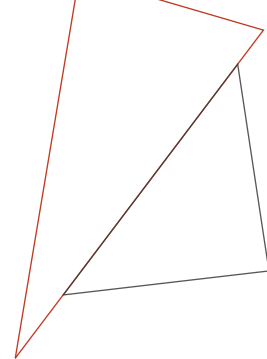


un potente movilizador social, un buen activador de los «pánicos morales» del conservadurismo cultural.

Las extremas derechas renovadas también han tenido que reaccionar a retos actuales como el matrimonio entre personas del mismo sexo, que hoy es válido en la mayoría de países de la Unión Europea, así como al reconocimiento de los derechos de las personas trans. Como diferencias fundamentales del ciclo conservador precedente, además, podríamos hablar de rasgos distintivos de los movimientos actuales, como la capacidad de coordinación internacional del movimiento «antigénero» y la racialización de la política sexual, que desarrollaremos más adelante.

9.1 EL ORIGEN: LOS NEOCÓN ESPAÑOLES Y LA OFENSIVA CONTRA LAS NUEVAS LEYES PROGRESISTAS DEL PSOE

Para entender cómo han sido traducidas estas coordenadas políticas al contexto español, es imprescindible remontarse al nacimiento de la traducción local de lo neocón, sector del que, como veremos, también proviene el partido de extrema derecha Vox. Los neocón españoles fueron un reflejo de sus homólogos estadounidenses. Surgieron dentro del Partido Popular, una formación que aglutinaba al grueso de la derecha nacional, a partir del segundo Gobierno de José María Aznar (2000-2004). Más allá de lo institucional, este resurgir del conservadurismo tuvo una expresión fuerte tanto en medios afines como en otros espacios de la sociedad civil organizada. Se podría considerar como un ecosistema conservador propio que se dedicó a agitar políticamente sobre cuestiones diversas, aunque las más potentes acabaron siendo las relacionadas con las guerras de género. Durante esa época, el gran laboratorio de los neocón será el Gobierno de Esperanza Aguirre en la Comunidad de Madrid (2003-2012), donde se pusieron todos los medios institucionales

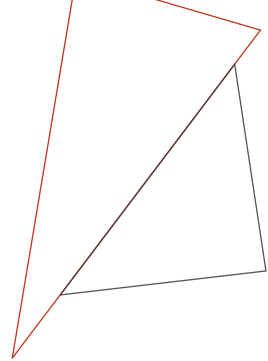


al servicio del crecimiento de sus sectores políticos afines en la sociedad civil. Por poner un ejemplo, se financiaron profusamente con fondos públicos organizaciones antiabortistas o religiosas vinculadas a los sectores más integristas de la Iglesia y a medios próximos.

La principal estrategia neocón fue la de confrontar directamente con los temas que mayor consenso generan en la izquierda, que se desplegó sobre todo a partir del primer Gobierno del socialista José Luis Rodríguez Zapatero (2004-2008). Esta ofensiva estuvo destinada a hacer una oposición frontal a algunas de las medidas estrellas de este Gobierno, la mayoría de las cuales se pueden encuadrar dentro de las temáticas de género: ley de matrimonio homosexual (2005); reforma de la ley del aborto para una formulación menos restrictiva (2010) y la ley de educación (2006), que incluía la educación sexual, la formación en igualdad de género, diversidad familiar y lucha contra la homofobia en la escuela pública (Carmona, et al., 2012). La oposición a estas leyes generó varias olas de movilización «antigénero» que consiguieron aglutinar todos estos movimientos diversos en manifestaciones masivas profamilia. Las andanadas más importantes de estas tempranas guerras de género se dieron entre 2005 y 2011.

En estas manifestaciones en «**defensa de la familia**» tuvo un papel destacado la Iglesia católica a través de la Conferencia Episcopal (CEE) y los obispos. La Conferencia Episcopal Española es, de facto, uno de los grupos de presión más poderosos de España, aunque después serían los laicos, las bases de los principales movimientos católicos ultras, **los que se situaron en cabeza de estas movilizaciones: grupos como HazteOir**, el Foro Español de la Familia, etc. (Carmona et. al., 2012). De hecho, España fue uno de los primeros países en el que los activistas laicos católicos, aunque minoritarios, consiguieron una extraordinaria relevancia mediática y agitación de calle a partir de 2005 en su lucha contra este avance en derechos (Paternotte, 2015).

La principal estrategia neocón fue la de confrontar directamente con los temas que mayor consenso generan en la izquierda

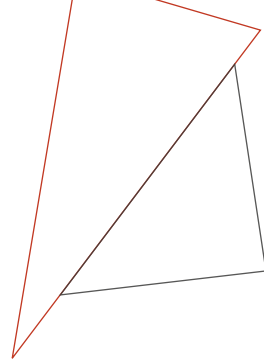


Después de estas movilizaciones, con discursos muy similares, se extenderían las protestas a otros países como parte de la internacionalización de las guerras de género (Argentina en 2010, Francia en 2011, Brasil en 2013, Italia en 2015 y varios países latinoamericanos a partir de 2016 como Colombia, México, Chile o Bolivia). Estos activistas antigénero apoyarán al PP en su campaña electoral de 2011, en la que consiguió la mayoría absoluta (Cornejo-Valle y Pichardo, 2018:530).

Aunque, más allá de estas movilizaciones que pudieran activar electoralmente a determinados sectores sociales no mayoritarios, hay que tener en cuenta el contexto de desgaste del PSOE por la crisis de 2008 y la imposición de los primeros recortes. Sin embargo, aunque estas movilizaciones fueron destacadas, no se consiguieron grandes retrocesos legislativos. El mayor impacto social de muchas de estas opciones ultras, a menudo, más que ganar, consiste en frenar otros posibles avances. En España, por ejemplo, las menores de 18 años precisan permiso paterno o materno para abortar, un aspecto de la ley que fue modificado en el trámite parlamentario y que, pese a la oposición feminista, no ha conseguido ser cambiado al cierre de este informe.

En el panorama español podemos identificar cuatro tipos de activistas antigénero: la jerarquía de la Iglesia católica, las asociaciones contrarias al aborto tradicionales, un nuevo *lobby* neoconservador y los partidos de extrema derecha.

Estos cuatro grupos de actores difieren en su composición social, en su naturaleza, en su posición política y en el uso de recursos y estrategias de movilización, pero todos comparten una agenda afín en su pelea contra: el matrimonio y la adopción para parejas del mismo sexo, la interrupción voluntaria del embarazo, la educación sexual y de género, la reproducción asistida, la gestación subrogada, la violencia de género, las problemáticas transgénero y transexuales



(especialmente respecto al acceso a los servicios públicos de salud) e, incluso, contra la presencia de estudios de género en las universidades públicas (Cornejo-Valle y Pichardo, 2018: 530).

Por tanto, en el origen de la nueva derecha autoritaria en España podemos identificar movimientos sociales del catolicismo laico, medios de comunicación y, por supuesto, a un segmento del PP, sin descartar el papel que ha desempeñado la Iglesia católica, que ha proveído de buena parte del argumentario con su concepto de «ideología de género» o por su impulso de las movilizaciones ultras de la etapa 2005-2011.

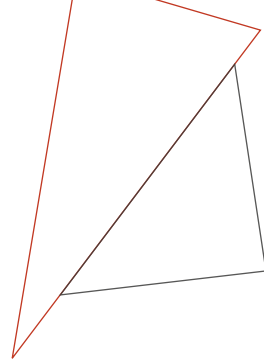
Este sustrato de movimientos sociales ultras actualmente se encuentra en un momento de baja movilización, pero, paradójicamente, hay un nuevo partido que representa bien sus intereses, Vox. Este partido nace el año 2013 del sustrato de aquella revuelta neoconservadora cuyo resultado final fue la fragmentación de la derecha que estaba contenida en el PP. El segmento neocón del PP —que había llegado a tener relevancia dentro del partido con Aznar, pero que pierde su capacidad influencia con la nueva dirección de Mariano Rajoy y su Gobierno a partir de 2011— percibirá que el partido se ha alejado de sus demandas más radicales, entre ellas, por supuesto, y en un lugar preeminente, las relacionadas con el género. El nuevo PP acabó abandonando las batallas contra la reforma de la ley del aborto del PSOE, aunque figuraba en su programa electoral, y su oposición al matrimonio homosexual. Ambos temas habían sido dos de los bastiones de las batallas ultras anteriores. Esto significaba que el sector neocón y sus propuestas habían quedado marginados dentro del partido, lo que constituiría el impulso definitivo para que de entre sus filas surgiesen elementos descontentos que fundarán un nuevo partido, Vox, plenamente entregado a las propuestas ultraderechistas y al uso profuso de las guerras de género como herramienta disruptiva del panorama político institucional.



Activistas frente a la sede de Vox en Madrid durante la huelga feminista de 2019. © ÁLVARO MINGUITO.

9.2 TRATAMIENTO DE LAS CUESTIONES DE GÉNERO EN VOX

Un buen ejemplo de este vínculo histórico con la ola de movilización neocón anterior es la relación que une al partido con la organización ultracatólica HazteOir, que tuvo un papel muy relevante los años precedentes. Esta organización lleva desde 2014 apoyando a Vox en las distintas campañas electorales porque considera que este partido es el que mejor «**defiende valores y principios como la vida; familia; la libertad de educación y religiosa o la unidad de España**». Para esta organización, «defensa de la vida» significa una firme oposición al aborto y la eutanasia; «de la familia», ser contrarios al matrimonio homosexual y promover la natalidad y las familias numerosas, y «libertad de educación» quiere decir apoyar a la



escuela concertada —una forma de privatización de la educación—, sobre todo para proteger la financiación de los colegios religiosos, y **rechazar la educación afectivo-sexual e igualitaria en las escuelas**. Además, HazteOir intervino decididamente en las campañas electorales, por ejemplo, en la de 2019 instaló vallas publicitarias, utilizó sus famosos autobuses contra los candidatos de los otros partidos e incluso llegó a convocar una manifestación. Por otra parte, son numerosos los vínculos directos que unen a la formación ultra y la organización católica; el propio Abascal es socio de HazteOir desde hace años y algunos actuales líderes de Vox han **pertenecido a esta agrupación**.

Respecto al papel del género en el armazón ideológico de Vox, su retórica es frontalmente antifeminista y, en algunas cuestiones, claramente opuesta a los derechos de las personas LGTBI y los derechos reproductivos de las mujeres; aunque tiene claras diferencias de tono y forma entre los representantes más ultras, como por ejemplo entre Francisco Serrano, expresidente de Vox en la cámara andaluza antes de tener que abandonar el partido en julio de 2020 por una acusación judicial de fraude, y Rocío Monasterio, que se autodefine como parte del «feminismo español» y utiliza argumentos más sutiles.

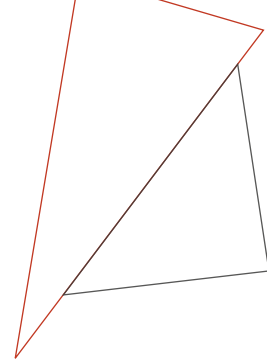
En ocasiones tienden a disfrazar discursivamente los conceptos más duros para hacerlos más aceptables o intentan no centrarse en determinados temas que creen que les restarían apoyos. Por ejemplo, dicen que no están en contra de que los homosexuales puedan acceder a la unión civil, pero sí se oponen a que estas uniones sean calificadas de «matrimonio». Según Abascal: **«Creemos que es esencial que el nombre sea cambiado. El matrimonio es la unión entre un hombre y una mujer y eso es lo que hemos defendido desde el principio»**. Respecto de la adopción por parte de parejas homosexuales, afirma que lo deseable es que un niño tenga «prioritariamente un padre y una madre», que es su «derecho». Pero acepta que puedan adoptar a los niños que **«que nadie quiere»**. Es más, este partido invita a las personas gais a formar parte de su proyecto de manera «individual» y «siempre que dejen detrás la bandera del arcoíris» (Cabezas, 2019).

Aunque el nivel de argumentación difiere entre los diferentes representantes de Vox, se percibe claramente un intento de controlar los mensajes desde la dirección para ceñirlos a los argumentarios oficiales. Sin embargo, respecto de la educación igualitaria o sexo-afectiva en las escuelas, se producen las declaraciones más desatadas, que se escudan en el pánico moral, con la excusa de «**proteger a la infancia**». Mientras que Abascal sorprendió en el Congreso en una respuesta al presidente del Gobierno cuando dijo: «**Nos podrá etiquetar e insultar como quiera, señor Sánchez**, pero a nosotros nos importan los españoles independientemente de su color, de su edad, de su sexo y de su orientación sexual. Pero como usted sacó ese tema que nada tenía que ver con lo que nos ocupaba y nos ocupa yo le ruego que abandonen ese odio histórico de la izquierda a los homosexuales».

Estas manifestaciones podría constituir quizás un indicio de que están intentando dejar atrás los discursos más agresivos para ampliar su base social, al mismo tiempo que se decantan por una estrategia que pueda conseguirles votos de las clases más desfavorecidas, como prueba la fundación de un sindicato vinculado al partido, Solidaridad. Aunque por ahora los intentos son bastante poco coherentes y complicados, teniendo en cuenta de qué sustrato proviene el partido y qué militantes lo forman.

Hay que tener en cuenta que, como hemos señalado, estamos hablando de un contexto donde la cultura y la contracultura de izquierdas han tenido hasta hace bien poco cierto carácter de hegemonía política, en una sociedad que apoya mayoritariamente el derecho al aborto o el matrimonio homosexual, incluso entre los que se declaran católicos. El matrimonio entre personas del mismo sexo es ampliamente aceptado por los católicos españoles —59 % de los católicos practicantes, 79 % de los poco practicantes y 90 % de los no practicantes— (Pew Research Center, 2018). Otra prueba es que hasta 2018, cuando Vox obtuvo doce escaños en las elecciones al Parlamento de

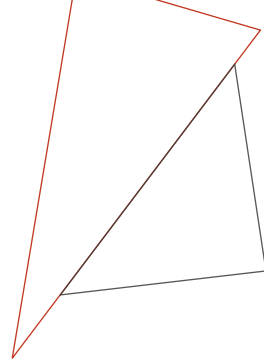
Para salir de su condición minoritaria, estas formaciones de extrema derecha han tenido que adaptarse discursivamente a algunos de los sentires sociales mayoritarios



Andalucía, ningún partido con agendas contrarias a los derechos sexuales y reproductivos había conseguido representación en ninguna Administración, salvo la municipal. Algunos partidos con este ideario que no consiguieron representación eran Alternativa Española (AES), Comunión Tradicionalista Carlista (CTC) y el Partido Familia y Vida (PFyV); España2000 o Plataforma per Catalunya consiguieron concejales en varios municipios en Madrid, Valencia y Cataluña. En estos casos excluimos al PP, aunque, como hemos explicado, en el 2011 se presentó con algunas de las propuestas de estos partidos y organizaciones tras el impulso de la oleada de movilización ultra de los años precedentes.

Para salir de su condición minoritaria, estas formaciones de extrema derecha han tenido que adaptarse discursivamente a algunos de los sentires sociales mayoritarios. Entre ellos, la igualdad en derechos entre hombres y mujeres. A este proceso, destinado a abandonar su condición minoritaria desde la II Guerra Mundial, se le ha calificado como estrategia de «desdiabolización». Algunos de estos procesos implican abandonar ciertos ejes más tradicionalistas de reivindicación del papel de las mujeres únicamente como reproductoras o a matizar o disfrazar estas posturas; en ocasiones incluso los lleva a superar su oposición frontal al aborto — como en el caso francés— y, sobre todo, la estrategia de la racialización de la política sexual. Un punto importante de esta estrategia supone situar a mujeres en lugares visibles e incluso al frente de estas formaciones (Alabao, 2018).

Vox debería estar situado de forma clara junto a estas extremas derechas renovadas; sin embargo, las declaraciones que hacen de algunos miembros más claramente antifeministas, su oposición a algunas leyes como la de violencia de género, la instrumentalización que hacen de las celebraciones del 8M como campo de batalla privilegiado o el uso de la terminología ultra, sobre todo cuando hablan de «ideología de género», les acercan más al tratamiento de estas cuestiones que hacen los partidos posfascistas de Europa del Este. En la parte de Europa heredera del antiguo bloque soviético, el derrumbe del régimen creó las condiciones para un renacer de



los nacionalismos de propios de las preguerras mundiales: anticomunistas y de carácter antifeminista, autoritarios e incluso con rasgos directamente fascistas (Vega, et al., 2019). Estas ideas han sido ampliamente utilizadas en lugares como la Hungría de Orbán o la Polonia del Partido Ley y Justicia, para delimitar enemigos a partir del concepto vaticano de la «ideología de género».

Por tanto, Vox tiene cosas en común con otros partidos de extrema derecha europea occidental, pero también tiene sus especificidades propias. Por ejemplo, el contexto local le genera una dependencia mayor del catolicismo, sobre todo de sus organizaciones de la sociedad civil, y de sus posicionamientos, que tienen un papel relevante para la configuración del ideario de Vox.

9.3 ELEMENTOS PARA UNA BATALLA: LA HERRAMIENTA DE LA «IDEOLOGÍA DE GÉNERO»

Descubrimos el antifeminismo militante de Vox en su uso abundante del concepto «ideología de género» y en la aceptación de su marco político. Este paraguas —compartido con otras opciones de extrema derecha— les sirve para articular en su oposición un amplio rango de derechos: al aborto, la ley de identidad de género o de violencia, la educación sexoafectiva en las escuelas, para **apoyar a los padres en procesos de divorcio frente a las madres** e incluso para pedir la **«supresión de organismos feministas radicales subvencionados»**.

Esta terminología surgió del Vaticano a partir del año 2000, precisamente como reacción al impulso que se estaba dando a los derechos reproductivos de las mujeres a nivel internacional. La Iglesia católica desarrolló este concepto para combatir las propuestas de las teóricas y activistas feministas que, a partir de la década de 1970 —aunque sobre propuestas anteriores—, contribuyeron a atacar el orden sexual

LA DERECHA RADICAL EN EL ESTADO ESPAÑOL
**9. LAS GUERRAS DE GÉNERO:
LA EXTREMA DERECHA CONTRA EL FEMINISMO**

produciendo una crítica radical de las normas sociales, su naturalización, su esencialismo y la propia división sexual del trabajo, y utilizaron esas ideas como palanca política (Garbagnoli, 2016: 187-204). Así, la construcción de la «ideología de género» se proponía como defensa del «orden natural de las cosas» en oposición a la afirmación de que las normas sexuales son construidas y naturalizadas socialmente. Para el Vaticano, las diferencias culturales entre hombres y mujeres no serían aprendidas, sino que forma parten del orden divino (Alabao, 2020).

En España este concepto surgió por primera vez en un documento de 2001 de la Iglesia católica. En esta instrucción pastoral, los obispos denunciaban el intento de «grupos de presión» y de «un cierto feminismo radical» de presentar las diferencias sexuales como un mero producto cultural que impide a los adolescentes «alcanzar su verdadera identidad sexual». Esta ideología conduce a «la guerra de sexos» (Conferencia



Activistas denuncian la transfobia del autobús de HazteOir. Madrid, 2017. © DAVID F. SABADELL.

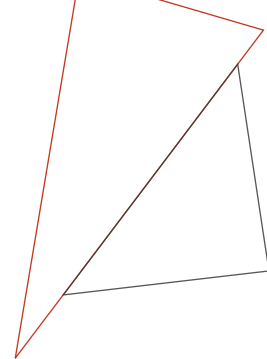
Episcopal Española, 2001). El término llegó a la prensa a partir de 2004 con las guerras de género de la etapa neocón. En ese momento, se convirtió en elemento muy presente en los discursos del clero católico y de los activistas de derecha y extrema derecha en España.

El concepto de «ideología de género» es uno de los elementos discursivos más exitosos para unir luchas antigénero que ha funcionado como aglutinante de la acción política tanto para oponerse a una serie de derechos muy diferentes como para generar un frente unido de batalla que incluye a actores en todo el mundo: partidos ultra, movimientos ciudadanos laicos o religiosos, *lobbies* políticos e iglesias —grupos y movimientos que son bastante diversos entre sí—. (Alabao, 2020). De hecho, constituye el principal vehículo de las guerras del género y establece un marco compartido con otras opciones de extrema derecha a nivel planetario y con los fundamentalistas cristianos. Como hemos comentado, la internacionalización de estos elementos es un rasgo que diferencia a estos posfascismos de sus precedentes conservadores.

Como herramienta fundamental de esta coordinación podemos nombrar los foros internacionales donde los activistas conservadores y la extrema derecha institucional estrechan lazos. Así funciona, por ejemplo, el Congreso Mundial de la Familia, que se dedica a promover las ideas del cristianismo conservador. Por supuesto, el marco de «defensa de la familia» —tradicional— está plenamente aceptado por el partido ultra y constituye un punto central de su programa, algo que debe de ser preservado, ya que «preexiste al Estado», dice Vox. En realidad, la causa de su defensa es porque la familia es la principal institución —junto con el Estado— que garantiza la sujeción de género y su orden.

Hoy Vox tiene un apartado específico en su web bajo este epígrafe. Las mujeres del partido a menudo asumen más decididamente estas posiciones, por ejemplo, Alicia Rubio, vicesecretaria de Movilización de Vox Madrid y miembro del Consejo Ejecutivo Nacional de la formación, autora del libro *Cuando nos prohibieron ser mujeres... y os persiguieron por ser*

El
con-
cepto de
«ideología
de género»
es uno de los
elementos
discursivos
más exitosos
para unir
luchas
antigé-
nero

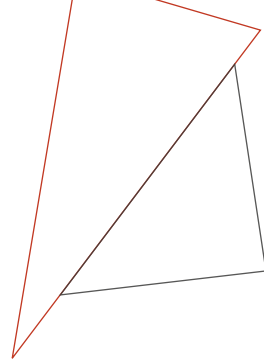


hombres. Para entender cómo nos afecta la ideología de género, en el que define el feminismo como «una imposición absolutamente totalitaria», algo que se repetirá bastante en los argumentarios del partido. También describe cómo los «lobbies gais» están financiados por «poderosos intereses económicos y de grandes corporaciones mundiales» para penetrar en las escuelas, en línea con el estilo conspirativo de las extremas derechas mundiales cuando tratan de excitar los pánicos morales a partir de la idea de «nuestros niños están en peligro».

9.4 MOVIMIENTO FEMINISTA Y 8M

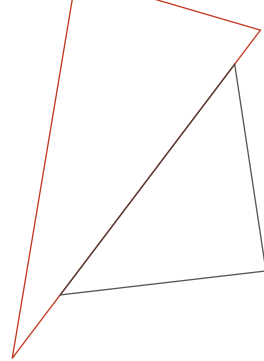
El 8M —Día Internacional de la Mujer Trabajadora/Día Internacional de la Mujer— ofrece a Vox una buena ocasión como escenario de confrontación directa que utiliza para provocar escándalo y, de esa manera, lograr que sus mensajes se reproduzcan en los medios y se viralicen en redes. Como muestra de la importancia que conceden a las guerras de género en su ideario, el partido eligió la fecha del 8 de marzo de 2020 para convocar su asamblea general, donde abundaron los ataques al feminismo y a las manifestaciones, a las que Santiago Abascal calificó de «aquellarres». Posteriormente, Vox intentará utilizar la causa contra el delegado del Gobierno en Madrid, José Manuel Franco, por no haber prohibido la celebración de manifestaciones masivas el 8 de marzo de 2020 a pesar del posible riesgo de contagio por coronavirus; el partido se sumó a la causa en la acusación popular para ir contra el Gobierno y contra la manifestación feminista, a pesar de que ese mismo día ellos habían convocado un mitin multitudinario.

En ese mismo acto, Rocío Monasterio se centró en atacar la ley contra la violencia de género, en vincular la violencia contra la mujer a la inmigración y en su apuesta por el populismo punitivo, que son algunos de los elementos más característicos de su retórica sobre la cuestión de género: «**El feminismo radical nos quiere, sí, pero sumisas a su agenda ideológica,** calladas ante discriminaciones machistas de otras culturas como el islam



y aplaudiendo rebajas penales a los violadores», dijo Monasterio. Esta líder probablemente encajaría mejor en la línea compartida con otros partidos de extrema derecha renovada donde una profesional, en este caso abogada, madre de familia numerosa y política demuestra con su imagen de «mujer realizada» que el feminismo no es necesario porque las mujeres pueden llegar donde quieran: «No hay mujer más libre, fuerte, inteligente y autónoma que la mujer española». Incluso llega a reivindicar el «feminismo español», que busca la igualdad entre hombres y mujeres, frente al «feminismo supremacista» que «victimiza» a las mujeres. También ensalza a figuras históricas del feminismo liberal como Concepción Arenal, Clara Campoamor y Emilia Pardo Bazán, ya que ellas «sí pelearon para conseguir derechos», algo que ya no sería necesario, puesto que se tienen todos los derechos reconocidos formalmente. De manera que, invirtiendo los términos, ahora las víctimas del feminismo serían los hombres, porque el feminismo solo sirve para conseguir privilegios, como demuestra la ley contra la violencia de género que resulta «discriminatoria» para estos. En un vídeo producido por Vox titulado *Las feministas no quieren hablar oír de las familias*, Rocío Monasterio desgrana estos argumentos mientras trabaja en una obra.

A Vox, el antifeminismo manifiesto y sus propuestas cercanas a las del catolicismo ultra le permiten diferenciarse claramente del resto del arco político, así como agitar a sus bases con el tono de guerrilla moral que adoptan las extremas derechas en todo el planeta, de las que reproducen muchas veces lenguaje y argumentario. También les permite sumar a su proyecto a los que se sienten agraviados por el feminismo. Como explica Pablo Carmona, su originalidad reside en haber abierto una vía electoral que se apoya en exclusiva en los nuevos sectores antifeministas que —sin pertenecer estrictamente a Vox— han crecido en la sociedad civil: algunas organizaciones de hombres divorciados, abogadas como Yobana Carril, que logró cierta relevancia al denunciar que la ley integral contra la violencia de género encubre numerosos abusos de mujeres sobre los hombres con denuncias falsas, o de *youtubers*, como el conocido Un Hombre Blanco Hetero, que cuenta con cientos de miles de seguidores (Carmona, 2020:177,178).

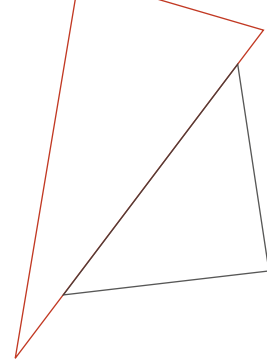


Además, hay que tener en cuenta que el antifeminismo ha llegado a ciertos articulistas que forman parte de un cierto *establishment* mediático, por lo que es importante estar atentos a su expansión a través del activismo *online* y de las redes sociales. Lo descubrimos en los *youtubers*, pero también en webs como Forocoches y Burbuja.info, foros abiertos de internet donde el carácter anónimo de sus participantes les permitió incluso burlarse de la víctima de la violación múltiple, conocida como la de La Manada, y hacer pública su dirección. También están en nuevos medios que surgen del entorno de Vox. En cualquier caso, son elementos que tienen su importancia en política, y cada vez más en un mundo hipermediatizado y mediado por las redes sociales. Aunque, sin duda, lo más peligroso es que estos medios o espacios cibernéticos podrían llegar a constituir un germen de organización de futuros movimientos sociales de extrema derecha, como está sucediendo en EE. UU. en apoyo del expresidente Donald Trump (Alabao, 2019).

9.5 ABORTO Y LEY CONTRA LA VIOLENCIA MACHISTA

El derecho a la interrupción voluntaria del embarazo constituye históricamente una cuestión central para los feminismos. Es importante, pues, fijarse en el tratamiento que le dan las opciones ultraderechistas.

Como hemos explicado, su oposición a este derecho es troncal en su propuesta, tanto por el origen del partido en las movilizaciones antiderechos previas como por su vinculación a organizaciones católicas como HazteOír. Sin embargo, es un tema que no utilizan a menudo, sino que ocupa un segundo plano, probablemente por la alta aceptación que tiene incluso entre los católicos españoles. Aunque se muestran contrarios, tampoco proponen prohibirlo, sino que hablan de imponer algunas trabas: lo que denominan eufemísticamente «informar» a las embarazos en procesos que implicarían ecografías donde estarían

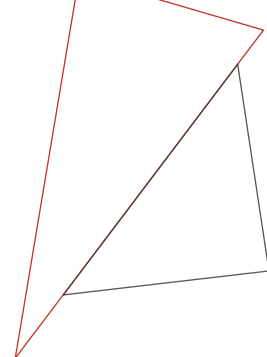


obligadas a escuchar el latido del feto antes de tomar la decisión de abortar, etc. Sí proponen que no esté cubierto por la sanidad pública lo que llaman «suprimir las intervenciones quirúrgicas ajenas a la salud» (**operaciones de cambio de sexo y aborto fundamentalmente**). Estas y otras propuestas están recogidas en su programa electoral presentado en 2018 bajo el título «**100 medidas urgentes para la España viva**».

Una de las batallas de género centrales para Vox es el ataque a la ley contra la violencia de género, que consideran discriminatoria para a los hombres: **la violencia «no tiene género», dicen**. Esta ley fue aprobada mediante un pacto de Estado en 2004 bajo el Gobierno de José Luis Rodríguez Zapatero. En su lugar, buscan promulgar una «ley contra la violencia intrafamiliar», en sus términos, la «sustitución por una ley contra la violencia doméstica que no prejuzgue el sexo del agresor, respete adecuadamente la presunción de inocencia, no instituya una enorme burocracia “de género” y no facilite la lluvia masiva de subvenciones a las asociaciones de feminismo supremacista». Además, agitan el debate con noticias falsas, por ejemplo con el número de denuncias falsas. Una vez más, la verdad no importa, lo que importa es generar un conflicto, una guerra cultural que cause escándalo y les proporcione espacios en los medios y las redes.

Según su comunicado «sobre la mal llamada violencia de género», publicado en julio de 2018:

Somos contrarios a la ley contra la violencia de género porque los hombres y las mujeres son iguales en derechos y libertades, tal y como está contemplado en nuestra Constitución, y atenta contra la presunción de inocencia, y crea desigualdad jurídica y tribunales especiales. Además, la ley actual ha demostrado ser un fracaso y una mera herramienta ideológica con la que confrontar a hombres y mujeres. Los asesinatos no han bajado y los presupuestos para asociaciones y estructuras políticas han aumentado.

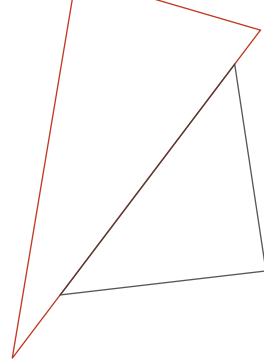


El partido ultra se atreve a confrontar una ley que ha sido aprobada con el apoyo de todo el resto de formaciones políticas, para codificar en términos culturales un escenario de conflicto que les diferencie. Así, la violencia machista es el puente discursivo que les permite argumentar sobre la «discriminación a los hombres», invirtiendo el análisis feminista de la realidad, pero también llega a la culpabilización de la inmigración o a la necesidad de un refuerzo de penas, argumentos que cada vez emplean más. Santiago Abascal critica esta ley mientras se pregunta «por qué no dan de verdad seguridad a tantas mujeres que se encuentran al violador del ascensor o a determinados inmigrantes ilegales», **un argumento utilizado en abundancia por este líder en la campaña del 2019.**

9.6 RACIALIZACIÓN DE LA POLÍTICA SEXUAL

Los aspectos de género y sexualidad están ligados en estos partidos al que es su eje fundamental de movilización: la cuestión migratoria, fundamentalmente a la islamofobia de matriz colonial, o lo que podemos denominar la racialización de la política sexual. Estas construcciones son ampliamente usadas en toda Europa —tanto en el este como en el oeste, aunque con diferencias significativas— y también alcanzan a personajes como Donald Trump. De hecho, en el racismo o el etnonacionalismo, aunque sea disfrazado de multiculturalismo, el punto «las diferencias son buenas, pero cada uno en su casa» es fundamental en sus discursos políticos y programas.

En esta racialización de la política sexual, es decir, vinculando las cuestiones de género a la raza o las migraciones, los partidos de Europa occidental han encontrado una estructura argumental que les permite renovar su retórica para conquistar al grueso de votantes y adaptarse a los cambios de sus sociedades. De esta manera, al decir que defienden los derechos de las mujeres y las personas LGTBI en contra de las amenazas que suponen los hombres de

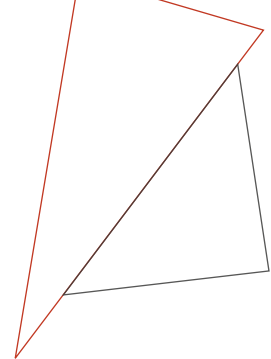


origen no occidentales o el islam, buscan legitimar o encubrir sus propuestas racistas más disruptivas. Al mismo tiempo, esto les permite vincularse a los valores sociales liberales —femonacionalismo—. Así, el islam siempre es descrito como fundamentalista y retrógrado y amenaza las libertades conquistadas. Sara Farris lo denomina «la racialización del sexismo», es decir, la discriminación se construye como un problema que solo afecta a las comunidades migrantes racializadas. Los machistas son los otros.

Vox asume plenamente este discurso y cada vez lo utiliza más a menudo. Así, Rocío Monasterio afirmaba en el periódico *El Español* que «**nosotras sí vivimos en libertad, denunciemos y luchamos contra todas las prácticas culturales que dañan y denigran a la mujer, como el matrimonio forzoso, el aborto selectivo o la ablación genital femenina**», cuestiones que afectan «a otras culturas». Mientras acusa al feminismo de no criticar «a las manadas magrebíes o al islam que somete a las mujeres».

Además, los musulmanes o los extranjeros suelen ser representados como un riesgo para la integridad de las mujeres, como agresores sexuales en potencia. Por ejemplo, Santiago Abascal afirmó en un debate electoral de 2009 que el 70 % de los casos de violaciones múltiples en España eran cometidas por «extranjeros». Este tipo de argumentos y su «defensa de las mujeres» también son funcionales en la demanda de medidas punitivistas, de manera que Vox pide la cadena perpetua para los culpables de violación.

Este marco les permite afirmar que la igualdad de género es un avance propio de la cultura occidental —una muestra, incluso, de su superioridad cultural—, difícil o imposible de alcanzar por las culturas no occidentales. Además, como explica Sara Farris, los estereotipos de los inmigrantes no occidentales, y en especial los de los musulmanes, están sexualmente diferenciados: los hombres son representados como amenazas a la integridad de las mujeres occidentales «liberadas», mientras que las mujeres no occidentales serían únicamente

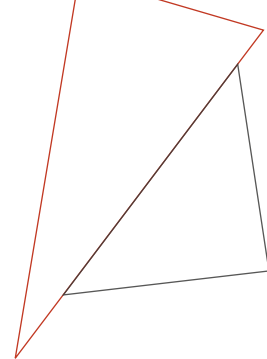


representadas como víctimas sometidas al patriarcado de su cultura, como personas sin autonomía, cuyas decisiones son tomadas en su nombre por los hombres de su etnia o religión. Las mujeres no entrañarían un peligro económico, pero sí cultural en tanto potenciales reproductoras biológicas de «su» cultura. Y ahí surge toda una fetichización de los discursos sobre el velo y las prohibiciones que se han aprobado en varios lugares de Europa (Farris, 2017). Aunque en España las discusiones sobre el velo islámico no han alcanzado la misma dimensión que en otros países europeos, **Vox sí ha propuesto su prohibición en las escuelas, al menos en Madrid.**

En el argumentario de Vox sobre violencia machista se percibe bien cómo vinculan estas cuestiones. Por un lado, racializan el sexismo: «Rechazamos enérgicamente los abusos continuados y el trato humillante que reciben las mujeres en muchos países no occidentales donde la trata sexual, el matrimonio forzado o la ablación son prácticas sistemáticas, que atentan contra la dignidad e intimidad de la mujer»; y, por otro, hacen un llamamiento a que los partidos «se comprometan a combatir la inmigración ilegal, que fomenta la trata de personas, la explotación sexual y genera inseguridad en los barrios, donde, cada vez más, las mujeres no se sienten seguras», de manera que criminalizan a la inmigración, y piden que **«se comprometan a legislar a favor de la cadena perpetua»**, es decir, piden una respuesta de tipo punitivista.

Por supuesto, esta «defensa» de las mujeres es compatible con posturas conservadoras que ponen el acento en los roles familiares tradicionales: refuerzo del papel de la mujer en los hogares, la maternidad como función privilegiada de las mujeres o rechazo de los derechos reproductivos. Les resulta muy fácil navegar entre estas contradicciones porque para la consecución de su objetivo, esto es, criminalizar a migrantes y musulmanes, les basta con decir que estos oprimen a la mujeres, que son violadores, etc., no necesitan profundizar mucho más.

La «defensa» de las mujeres por parte de Vox es compatible con posturas conservadoras que ponen el acento en los roles familiares tradicionales

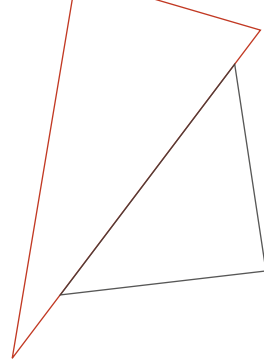


Su finalidad es agitar cierto miedo al otro extranjero, al otro racializado y musulmán en particular, un miedo que ya está presente en las sociedades occidentales. Estos argumentos, además, conectan con la «guerra de civilizaciones», el marco de la derecha española neocón para legitimar la guerra de Irak (2003-2011), en la que participó en España bajo el mandato de José María Aznar.

Las estrategias descritas anteriormente están destinadas a traducir el racismo y el sexismo a los nuevos parámetros culturales en las sociedades de Europa occidental, con un desarrollo en lo que algunas autoras llaman «etnosexismo», es decir, la exclusión de los otros racializados que son construidos como peligrosos para la reproducción del cuerpo nacional blanco (Dietze, 2016). Para algunos de estos partidos ultras el crecimiento de la natalidad de las nacionales garantiza frenar la «invasión» de extranjeros —la llamada teoría del gran reemplazo—. En la retórica de la extrema derecha, la situación actual nos lleva a un «invierno demográfico»: poblaciones envejecidas por la baja natalidad y sustitución por poblaciones migrantes, sobre todo musulmanas, supuestamente debido a sus mayores tasas de natalidad. De nuevo codifican en términos apocalípticos una cuestión que les permite ahondar en su lucha contra la inmigración y el feminismo.

Vox habla a menudo de **«invierno demográfico» y de la baja natalidad** y propone solucionarla con medidas como la derogación de la actual ley del aborto —para hacerlo más restrictivo— y un pacto de Estado por la familia que implique la protección de las familias numerosas, los aumentos de bonificaciones por hijos y de la creación de una prestación universal de cien euros por cada hijo, **a la manera del partido polaco ultra Ley y Justicia.**

Sin embargo, oficialmente no hace mucho hincapié en argumentos cercanos a la teoría del gran reemplazo, aunque algunos de sus miembros más retrógrados sí han hecho declaraciones al respecto. Es el caso del expresidente del grupo de Vox en el Parlamento andaluz,

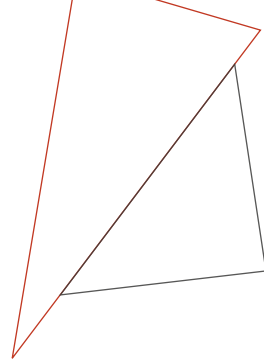


Francisco Serrano, quien atribuyó el descenso de la natalidad en España a la legalización del aborto —un argumento clásico de los grupos fundamentalistas católicos españoles— que «pone en riesgo nuestra cultura y civilización de aquí a 30 o 40 años».

9.7 CONCLUSIONES: VOX EN LA VANGUARDIA DE LAS «GUERRAS DE GÉNERO»

En un contexto de emergencia indudable de las extremas derechas en Europa, Vox supone una adaptación de estos partidos al contexto local. Una adaptación que, como hemos visto, está muy relacionada con el papel activo que en política ha jugado la Iglesia católica española en la etapa 2005-2011 y determinadas asociaciones de la sociedad civil en la fase de oposición a las leyes progresistas de la era de José Luis Rodríguez Zapatero. En las guerras del género de la época tuvieron un papel preponderante las relacionadas con el feminismo y las luchas LGTBI: aborto, matrimonio homosexual, educación igualitaria en las escuelas. La emergencia del 15M y la codificación de los conflictos sociales en términos materiales a partir del 2011 hicieron perder relevancia a estos asuntos. Tuvo que darse por cerrada de alguna manera la crisis de régimen con la estabilización e integración de los nuevos partidos en el sistema para que Vox estuviese listo para resucitarlas.

Las guerras de género son parte del corazón del partido de Abascal. Hoy, Vox ha recogido el testigo de la fracción neocón que se desgajó del PP, lo que ha dado forma a buena parte de sus discursos, por ejemplo, cuando asume los discursos católicos sobre la «ideología de género» o se opone al derecho al aborto en la sanidad pública. El contenido de sus programas electorales está planteado como una herramienta más de sus guerras culturales y de género que les permiten situarse en primera línea de batalla, alineándose con las extremas derechas más reaccionarias



del planeta y con los fundamentalismos cristianos. Así, sus propuestas implican, en muchos sentidos decisivos, un retroceso respecto a los derechos de las mujeres y de las personas LGTBI.

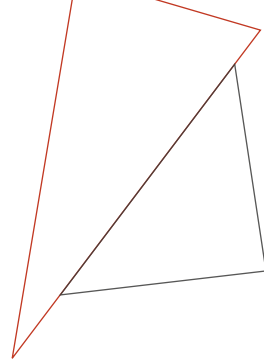
Su estrategia es que, al confrontar directamente consensos como la manifestación del 8M o la ley contra la violencia de género, la formación no va al encuentro del máximo apoyo electoral, no quiere construir mayorías, sino agitar el tablero. Por esta razón, los mayores peligros que implican estas opciones son la normalización del discurso ultra, ser capaces de mover el sentido común y atreverse a cuestionar derechos consolidados del feminismo que han llevado años de lucha.

Esto les permite criticar a todo el arco político mientras se erigen en defensores de lo «políticamente incorrecto», los únicos que se atreven a decir la verdad y a sacudir «el consenso progre» frente a la «derechita cobarde» representada por el PP. De esta manera, pretenden recoger los frutos de la desafección política o incluso recoger votos de la abstención a través de una suerte de voto «protesta» contra el sistema e incluso «antiélites».

Sin embargo, algunos rasgos nuevos de sus discursos pueden indicar que están intentando moverse tímidamente de sus posiciones más ultras, aunque lo tienen difícil si quieren seguir respondiendo a sus bases más movilizadas, que representan organizaciones como HazteOír y determinados medios de comunicación de posicionamientos radicales.

Por tanto, Vox está impulsando transformaciones socioculturales que apuntan a la derechización social y al relanzamiento de una agenda de conservadurismo mediante la reafirmación identitaria o a la búsqueda de seguridad por exclusión de «el otro», donde las guerras culturales de género vinculan el malestar por las condiciones de vida con cuestiones con gran poder de condensación simbólico.

La estrategia es confrontar directamente los consensos, no para encontrar el máximo apoyo electoral, sino para agitar el tablero



Respecto a la renovación de los argumentarios, tiene en común con otras extremas derechas de todo el mundo el uso del paraguas y activador político de la «ideología de género» que les permite coordinarse internacionalmente. Pero también la racialización de la política sexual que funciona fundamentalmente en Europa, e incluso que permite a determinados partidos la renovación de sus discursos racistas y antifeministas para hacerlos más adaptables al sentir mayoritario de la sociedad. De esta manera, los migrantes son los verdaderos culpables de la violencia contra la mujer, por lo hay que limitar su número; esto significaría que la sociedad española es más igualitaria que otras más retrógradas, como aquellas de religión mayoritariamente musulmana que no respetan los derechos de las mujeres.

Muchas de sus propuestas están destinadas a dar la batalla pública contra el feminismo, que ellos consideran «discriminador contra los hombres», para lo que proponen retirar las subvenciones a organismos feministas o luchar contra las denuncias falsas de violencia de género, a pesar de que todos los organismos públicos las declaran en un número irrelevante.

En su uso de la guerra contra el feminismo podemos ver un reflejo de la visión que tienen las opciones de ultraderecha de la sociedad como pueblo de la nación en el que no hay conflictos sociales entre grupos, salvo los que se libran contra la inmigración —«los otros»—. Las clases, como los géneros, son complementarios y la diferencia de «sexos» es armónica, no necesita «corrección». Se aplaude la diferencia, pero esta es inmutable: cada uno en su lugar, cada uno en su país. (Alabao, 2019b) No existe una sociedad fragmentada por clases o géneros, sino una lucha entre valores progres y valores nacionales, que es la manera en la que codifican el conflicto en el que ven la **esencia de la política**.

Por último, no hay que olvidar que en su programa se incluye una batería de propuestas antisociales: la privatización de las pensiones o su reforma fiscal regresiva, que implicaría necesariamente un recorte del estado del bienestar y medidas destinadas a mantener a los migrantes como ciudadanos

LA DERECHA RADICAL EN EL ESTADO ESPAÑOL
**9. LAS GUERRAS DE GÉNERO:
LA EXTREMA DERECHA CONTRA EL FEMINISMO**

de segunda. Todos sus planteamientos afectarían más a las mujeres, que soportan los trabajos peor retribuidos, mayores tasas de temporalidad, parcialidad y pobreza. Cuando empeora la vida de los de abajo, no hay que dudar, aumenta la desigualdad entre hombres y mujeres.



El ideal de una Europa católica y blanca es una de las banderas de la extrema derecha. Marcha de las antorchas en Benimaclet, Valencia, 12 de octubre de 2020. © EVA MÃÑEZ.